

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por seis id. 21 »
Por un año. 40 »

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

IGÉNERO DE ACTUALIDAD!

Dentro de poco empezaremos a publicar en folletin una novela del tiempo, como la fruta, con todas las grandes peripecias y ridiculeces que su argumento requiere. Se titula

Á TRAVÉS DE LOS BAÑOS MINERALES

(historia de un soltero cursi),

y está escrita con todos los datos que ménos se necesitan, por Luis Rivera, aplaudido autor (en confianza) de las AVENTURAS DE UN RECIEN CASADO y de las AVENTURAS DE UN RECIEN NACIDO.

Esta novela está compuesta con el inocente propósito de revelar á Vds. todas las escenas de la gente que toma baños, y de los médicos y fondistas que toman dinero, y de las mujeres que toman novio, y de los maridos que toman desazones, y otras cosas que se toman y se dan por esos caminos.

LO QUE CORRE POR AHÍ

En una esquina de Madrid me di el otro dia de manos á ojos con un cartel que anunciaba funcion de toretes en los Campos Eliseos.

Ni esto era nuevo, ni bonito, ni barato para fijar mi atencion.

He visto tantas novilladas, y he silbado tantas, que una más ni me sorprende ni me halaga.

Pero este cartel despertó mi curiosidad. La funcion de toretes que anunciaba era á beneficio ¿de quién? preguntarán Vds., ¿de algun pobre, de alguna parroquia, de algun hospital, de algun artista en toros imposibilitado?

Nada de eso y más que eso. El cartel decia con letras gordas lo siguiente:

Funcion de toretes, á beneficio de Juan Pedro Duque, maestro barbero del primer espada Francisco Arjona (Cúchares).

Varias cosas se me ocurrieron despues de leer este cartel, que tenia el color de una guindilla (y lo era en el fondo).

Generalmente, las funciones á beneficio se hacen siempre que es preciso socorrer alguna necesidad ó recompensar algun mérito.

La funcion á beneficio de un artista viene á ser parte del ajusté convenido con la empresa.

Un pobre, no teniendo otro medio, anuncia cuando puede un beneficio, que es lo mismo que anunciar á las almas caritativas el sitio donde, disimuladamente, se recibe una limosna.

En ambos casos comprendo el beneficio:—ó es recompensa ó es limosna.

Ahora bien; el ser barbero de Cúchares, ¿constituye un título de pobreza, constitucionalmente hablando?

Se me figura que no; si á lo ménos fuera ex-barbero, se comprende que su estado de inválido le diera algun derecho á pedir.

Pero siendo barbero, en la fuerza quizá de la edad y las navajas, puesto que se atreve con la cara de Cúchares; estando en el apogeo de sus facultades; ejerciendo el arte con publicidad notoria, y dando en

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

vidia á los Figaros de las peluquerías y de los regimientos próximos, este Sr. Duque no puede ser pobre; este Sr. Duque no solicita el beneficio por esta razon.

Y aquí entra lo bueno.

Luego...

Luego el Sr. Duque anuncia su beneficio fiado en su mérito artístico.

El Sr. Duque, que anda todos los dias á vueltas con la barba de Cúchares, habrá levantado alguna vez el pensamiento á esferas, ó barbas más puras ó teñidas, y allí, en presencia de algun ángel protector, se ha creído tan hombre como el torero; y si no para matar, á lo ménos para interesar en su favor al ilustrado público, ha creído sobrado título el título que ostenta.

Funcion de toretes á beneficio del maestro barbero de Cúchares.

«En cuanto el público lea esto, habrá pensado el señor Duque, se apresurará á tomar billetes. Tengo más de un motivo para esperarlo. Afeitó al maestro, al ídolo (algo viejo) de los aficionados viejos; como fiel observador de las reglas del arte, jamás me he permitido dejarle patillas á la inglesa, ni bigote á la borgoñona, ni perilla á lo militar. Su cara ha aparecido rapada de arriba á abajo, como manda el arte del toreo, y la elegante coleta, signo característico de tan privilegiada raza, ha sido cuidada por mí con tanto desinterés que apenas se ve en ella una cana. Naturalmente el público habrá notado esto y habrá dicho para sus adentros: ¡Valiente barbero es el barbero de Cúchares! De aquí á la celebridad se llega de un salto. Y como un barbero debe saber cortar un pelo en el aire, hé ahí por qué en cuanto anuncie mi beneficio,—que será, como si dijéramos, el beneficio de Cúchares, puesto que yo le compongo la cara,—no va á quedar billete en el despacho.»

No sé si anduvo acertado el barbero del primer espada, porque entre los varios caprichos que suelo tener en verano, es uno el de no tomar calor por dar gusto á los simpáticos aficionados.

No ví la corrida, así es que solo me he quedado corrido de ver el cartel.

No es la funcion á beneficio del maestro barbero del primer espada lo que más me inquieta: al fin y al cabo una funcion sola es como la mala noche, que pronto se pasa.

¡Ay de mí! Lo que temo es el ejemplo.

Si por casualidad (y á esto estamos espuestos con los toros) el público ha concurrido á dar con su asistencia una prueba más de simpatía al barbero del primer espada, ¿quién puede asegurar á dónde llegarán los imitadores?

Cúchares no protege solo á un maestro barbero dejándose afeitar majestuosamente la cara que tiene, sino que protege tambien á otros artistas no ménos dignos de beneficio.

Mañana saldrá un cartel diciendo:

Funcion de novillos á beneficio de Fulana, costurera del maestro D. Francisco Arjona de Guizén.

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion. 15 reales.
Por seis id. 28 »
Un año id. 50 »
ESTRANJERO, tres meses. 30 »
ULTRAMAR, un año. 6 pesetas.

Se suscribe en la Habana:—Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 400.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

Y lo peor será si despues de esto pone debajo una nota diciendo: Especialidad en camisas.

¡Hé aquí los inconvenientes de la celebridad; hé aquí las consecuencias de los extravíos más ó ménos barberiles de ciertas imaginaciones!

Temiendo entrar algun dia en el terreno resbaladizo que conduce á la inmortalidad... del ridículo, he tomado mis precauciones contra las asechanzas de los peluqueros empezando por permitir que se me caiga el pelo.

Luis Rivera.

LAS NOTABILIDADES DEL DIA

EN TODOS LOS RAMOS.

CHICARD, REY DEL CANCAN.

La galería de retratos que ofrezco á mis lectores ha de ser muy variada.

Ayer emperadores, reyes, sultanes; hoy altos funcionarios, médicos célebres, banqueros á la moda; mañana notabilidades de todos géneros.

Habrà para todos los gustos. El retrato que hoy os presento, más que una biografía es un epitafio.

Chicard acaba de morir.

Este nombre, desconocido para la mayoría de los españoles, es célebre entre los que han pasado algunos dias en Paris y han estado en Mabilie, en el Chateau des fleurs, en la Cluserie de Lilas ó en el Pré Catelan.

El viajero, despues de recrear sus ojos con la vista de las graciosas y casi desnudas alumnas de Terpsicore, fijaba irremisiblemente su atencion en un hombre de cincuenta á sesenta años, de mediana estatura, de rostro alegre y vivaracho, de cabeza expresiva, coronada por un cerquillo blanco que caía sobre su cuello formando una abundante melena y que servia de marco á una luciente calva.

Este caballero llevaba con elegancia el pantalon negro estrecho, el zapato corto de charol, el chaleco y la corbata blancas, y el frac negro.

—¿Quién es ese? preguntaba el viajero.

—Es Chicard.

—¿Pero quién es Chicard?

—El inventor del Cancan.

—¿Luego ese baile es de este siglo?

—Del siglo xix, sí señor.

Y despues de este diálogo, nada más natural que desear saber la historia del Cancan ó de Chicard, que son dos cosas distintas y una sola historia.

Héla aquí:

Reinaba en Francia Carlos X, y la austeridad de este monarca, imitada por sus cortesanos, tenia aburridos en Paris á todos los aficionados á divertirse.

El rigodon, con toda su primitiva seriedad, era el único baile conocido.

Lord Seymour y otros cuantos jóvenes buscaban el Cancan sin encontrarlo: uno de los alegres camaradas de este inglés, cuya borrascosa juventud le dió en Paris cierta celebridad, Mr. de La Battus, murió bailando; pero estos extravíos, estas locuras no eran, ni con mucho, el progreso cuya realizacion estaba reservada al insigne Chicard.

Por aquellos tiempos habia en Paris un estudiante que perdia todos los cursos, lo cual nada tenia de extraño,

porque se pasaba el tiempo leyendo las novelas de Paul de Kock, cortejando a las *grisetas*, bebiendo cerveza y jugando al dominó en los *estaminets* del barrio latino.

Sus padres, que vivían en el rincón de una provincia y que se entusiasaban ante la idea de que muy en breve volvería su hijo convertido en un notario hecho y derecho, indignados al ver las calabazas que anualmente recibía el joven estudiante, resolvieron sitiarse por hambre disminuyendo la pensión que le pasaban, hasta el punto de dejarle lo estrictamente necesario para pagar el hospedaje, figurándose que de este modo tendría que dedicarse a estudiar por recurso; pero era ya tarde.

Chicard, que no era otro el joven sitiado por hambre, era ya célebre entre los estudiantes de su época; no concebían baile animado sin su presencia; adoraban como el *non plus ultra* de lo pintoresco sus solos en la pastorela del rigodon; las *grisetas*, por su parte, se le disputaban como pareja, y cuando se presentó a aquella multitud de hijos del placer mostrándoles la situación en que le colocaba el resentimiento paterno, todos juraron ayudarlo y pudo desde entonces entrar gratis en los templos erigidos a Terpsicore, y no tuvo más remedio que aceptar los obsequios, los convites, que lo mismo las *grisetas* que los estudiantes se esmeraban en ofrecerle.

Algunos meses después, viendo el autor de sus días que cuantos esfuerzos había hecho para llevarle a buen camino eran inútiles, le retiró toda protección, al mismo tiempo que le enviaba, con la solemnidad propia del caso, la más dramática de las maldiciones.

Esta noticia vino en una carta, y la carta la recibió Chicard en la *Cluserie de Lilas*, donde se la entregó un estudiante que vivía con él de compañero, precisamente en el momento en que el joven se disponía a bailar un rigodon.

La carta era muy larga y solo leyó los últimos renglones, en que venía la maldición acompañada del anuncio de no volver a enviarle un solo céntimo.

Enterarse de esta triste noticia, guardar la carta en el bolsillo y ponerse a bailar, todo fue uno.

Estaba desesperado, y como no podía desahogarse con la boca, tuvo que hacerlo con los pies y las manos.

Sus miembros se agitaban con una rapidez eléctrica; los movimientos, los gestos, los saltos, las figuras que hacia produjeron un efecto inmenso en todos los circunstantes.

Aquello no era un baile, era un delirio. No había nada que pudiera halagar más las pasiones de la juventud que le rodeaba.

Chicard fue aclamado por todos y llevado en triunfo. Había descubierto por fin la fórmula que buscaba con ansia la voluptuosa sociedad de su época.

Aquella noche nació el *Cancan*, al mismo tiempo que la fama llevó a todos los ámbitos de París el nombre de su inventor. Desde aquel día comenzó la fortuna de Chicard, porque todos los empresarios de los bailes públicos se lo disputaban, dándole crecidas cantidades, seguros de hacer un gran negocio, porque donde quiera que él iba acudía todo París a ver el nuevo baile.

Chicard bailaba con todo el cuerpo, y sobre todo con el rostro.

Las contracciones de su cara, los gestos más singulares, interpretando los más opuestos sentimientos, la expresión de sus ojos pasando del terror a la amenaza, de la súplica a la voluptuosidad,—todo concurría a dar a su fisonomía un aspecto extraordinariamente pintoresco.

Los brazos siempre estaban moviéndose; tan pronto saludaba a su compañera de baile como se burlaba de ella; ora la amenazaba; ora la colmaba de caricias; la rechazaba y la atraía; en una palabra, la magnetizaba; y al ver aquella mímica increíble, incoherente, inaudita, en la que sin comprender lo que quería decir se adivinaba todo, no era posible contener la risa,—sin perjuicio de tenerle por loco. Su obra, es decir, su baile, el *Cancan*, ya le conocen ustedes.

La primera vez que apareció en Madrid fue en el *Circo de Paul*; la penúltima en los *Bufos Madrileños*, debiendo yo decir en honor de la verdad que bien poco ha tenido que envidiar Arderius a Chicard. Los hermanos Vilepsy, en el circo del Príncipe Alfonso, lo bailan admirablemente.

Chicard no tardó en ser rico: las especialidades se pagan caras en París.

Entre lo que recibía de los empresarios de los bailes para que fuera a lucir sus habilidades, y el producto de las lecciones que daba a los jóvenes de la aristocracia francesa, llegó a ganar tanto como la Patti en nuestros días.

Sus primeras discípulas fueron Pomaré y Mogador, las reinas del *Cancan*.

Más tarde fué discípula suya Rigolboche, la cual elevó el *Cancan* a su mayor altura: ninguna ha levantado el pie tanto como ella.

Chicard ha dado mucho asunto a las crónicas francesas, y ha proporcionado al idioma francés muchos verbos y algunos adjetivos.

El *Chic* es de Chicard, y esta palabra, como saben mis lectores, se ha naturalizado en todo el mundo.

Además se le debe el verbo *Chicuocandar*.

Ha habido pantalones *Chicard*, sombreros *chicoucards*, corbatas *chicuocandardes*.

No ha habido boda, festín, francachela, diversion a la que no haya asistido este hombre célebre.

Las *Camelias*, *Loretas*, *Cocottes*, *biches* y demás individuos de la gran familia del vicio parisiense, buscaban y seguían sus consejos, y más de cuatro le deben hoy la brillante posición que ocupan.

¡Cosa extraña! Este hombre no se ha rendido ni un solo momento al amor: ha vivido en el fuego sin quemarse.

Bien es verdad que su única pasión ha sido el baile. Su muerte ha sido como su vida: ha fallecido de un fuerte ataque del baile de San Vito.

Gil Blas.

LOS HOMBRES DEL CHIC

Tipo segundo.

Don Antonio.

¡Vedle! Cuatro pies de estatura, rechoncho, sanote, sombrero de copa de forma anticuada, anteojos de oro, cuello alto, ancho pantalón, pronunciado abdomen y zapatos de tela en todo tiempo.

¡Vedle! Exacto como un cronómetro inglés, pesado como los soldados de plomo, curioso como la luz del sol y abundante como ella, pues en todas partes se le encuentra.

Está suscrito a todos los periódicos literarios de la corte y provincias, abonado a todos los teatros, aunque a modesta localidad, a todos los circos y a todas las reuniones públicas, científicas, artísticas o literarias.

Es casado... casado con una mujer andaluza de sesenta y cuatro cumplidos, que hace versos (¡horror!) y se ha leído todas las comedias del teatro antiguo de cabo a rabo.

¿Queréis verle en carácter?

Subid conmigo al escenario de un teatro cualquiera y entrad en el cuarto de cualquier actor. ¡Allí le teneis satisfecho, sonriente, orgulloso!

Tutea al primer actor y lisonjea a todos los demás. Es el cronista de sus ocurrencias, el mediador de sus desavenencias con los periodistas, a cuya mayor parte conoce también.

Va a tomar café todas las tardes de tres a cuatro en invierno y de seis a siete en verano.

Tiene desarrollado su *chic* en escentricidades poco comunes (y perdónese el pleonismo), y es a la vez que entusiasta admirador de las letras, intransigente aficionado al tореo.

¡Oh! lo que es en este ramo de la incivilización a nadie le cede el puesto preferente que ocupa.

Conoce muy a fondo todas las reglas y escepciones de la ciencia, y es más maestro que el Curro y más curro que el Maestro, cuando llega la ocasión de lucir sus conocimientos, ya en una corrida formal, ya en una de toretes, ó ya en el café comentando suertes y vaticinando decadencia.

Tiene en muchas ocasiones rasgos de primer orden, sobre todo cuando escribe, pues tiene la letra rasgueada y heterogénea.

Algunas veces le da por improvisar; pero esto es únicamente en las grandes solemnidades a que es convidado, y dice cada disparate que asusta; pero sus amigos no se lo dejan comprender, y aplauden, por el contrario, sus gracias, diciendo con efusión:

—¡Qué cosas tiene este D. Antonio! ¡Es muy original!

Vive con su mujer en un cuarto tercero de la calle del Olivo, y paga exactamente el alquiler así como todas sus cuentas.

Cuando habla de sus amigos ó desconocidos, los actores y poetas, nunca acostumbra a nombrarles por su apellido, como generalmente se hace, sino que dice:

—Ayer estuve a comer con Manuel.—Enrique me ha convidado a cazar en su compañía.—Luis me regaló ayer un paquete de cigarrillos.

Y todos saben demasiado que ni Manuel Fernandez y Gonzalez se habrá incomodado en mandarle un recadito para que acepte un cubierto en su mesa, ni Enrique P. Escrich le ha saludado en su vida, ni Luis Rivera juzgará el paladar de nuestro héroe de mejor condición que el suyo para regalarle sin más ni más unos cuantos cigarrillos, y eso que hoy los cigarrillos se regalan a cualquiera, siendo precedentes del gobierno.

Cuando el *caló* literario comenzó a desperfectuar la cultura y riqueza de nuestro elegante idioma, él fue uno de sus primeros partidarios, y desde entonces acá no se le oyen otras palabras en sus conversaciones que *came-lo*, *escama*, etc., etc., y algunas veces las suelta tan inoportunamente, que hánle puesto en ridículo con tanto detrimento de su característico *chic*.

Una vez, por ejemplo, hablando de su mujer, dijo, cambiando el *escamado* por *satisfecho*:

—¡Calle Vd., hombre, que estoy muy *escamado*!

—Pues ¿qué le sucede a Vd., D. Antonio?

—¡Que estoy observando que mi mujer me quiere más que antes!

—¡Ah! ¡vamos!

Por lo demás, es un excelente sugeto, como llevo ya dicho, y valiéndome de una feliz expresión de mi amigo Eusebio Blasco, diré para redondear el personaje en cuestión:

Es un caballero simpático desde el hongo (léase chistera) hasta las botas. es liberal y es floaco.

Y se sabe de memoria todo lo más notable que han publicado los periódicos literarios de la corte desde el GIL BLAS al Pistón.

He dicho, aunque por boca de Blasco, que era ex-liberal, y no me retracto.

Desde el año 23—pero ¡alto, pluma mia, no remotes tus vuelos de este modo, y teme comprometer mi tranquilidad.

Diles a estos señores que renuncias a toda descripción político-memorabile-recalcitrante, que los tiempos no están para bromitas, y que bastante hemos hablado del asunto.

Réstame decir ahora (pues nada debe hablarse, y si así lo hiciera creería, y Dios me perdone la inmodestia, dejar excitada y sin satisfacer la curiosidad de mis lectores), cómo y de qué vive D. Antonio, aunque habránlo sospechado probablemente.

Tiene herencia todavía de sus padres, una modesta casita en Getafe, a donde suele ir algún año durante el estío acompañado de su buena mujer, que se lleva para el viaje (¡figúrense Vds.!) catorce comedias de las ménos leídas, mientras su D. Antonio se contenta con llevar pendiente de sus hombros un frasquito de generoso Málaga que conduce a sus labios de minuto en minuto, no sin harto disgusto de la señora, que suele exclamar ágridamente:

—¡Jezú, hijo, no ze te pué rezitir cuando viajas!!!

Vuelve a Madrid terminado el veraneo, y cuenta prodigios de su molino (que efectivamente le tiene), de su casita, de sus arriendos, no sin mezclar en el relato alguna sandez, producto hábil de su inagotable *chic*.

No sé si me habrá salido bien el retrato.—Vds. juzgarán; aunque si lo hubiera conseguido, ningún triunfo me pertenece, pues es el tipo más pronunciado para que salga perfecto, y tanto en Madrid como en provincias, y aun en los pueblos, existe y existirá siempre, formando, digámoslo así, el sello de la población a que pertenece.

Gerardo Blanco.

CABOS SUELTOS

Campanudo, y con razón,

en su linajudo afán

tiene nombre el infanzón

don Juan Aquiles Roldán,

puesto que empieza con don

y que termina con dan.

VIAJE DE PLACER

CAMINO DE LAS ROZAS



—¡Jesús! D. Luis por aquí. ¿A dónde va Vd.?
 —A la Exposición de Paris. ¿Quién deja de ir este verano allá sin hacer luego un papel *cursei*?
 —¡Pero, piensa Vd. pasar por las Tullerías en esa cabalgadura?
 —No; si es que he llegado tarde al tren y voy á ver si lo alcanzo en Irun.

TEMPESTADES DE LA VIDA

(Continuación.)

Tales fueron mis primeros pensamientos después de la partida de René. En seguida noté que me hallaba con la cabeza hacia abajo, en una posición desagradable, y quise volverme á levantar; pero todos mis esfuerzos fueron inútiles. ¿Por qué esta inercia despues del acto de energía que acababa de llevar á cabo? Era incomprendible. Intenté hablar, pero mis labios rehusaron abrirse. ¡Bien pronto reconocí que mi vanidad era ridícula!...

Mi intervencion era debida á la casualidad y no á mi iniciativa.

Antes de la llegada de René estaba casi despegado de la pared y apoyándose contra mi para hacer cara al enemigo, el jóven habia provocado mi caída.

Permanecí algunas horas en esta posición. Hacia media noche los cantos cesaron. Uno de los convidados salió del comedor; oí sus lentos pasos acercarse hacia mí.

—¡Vamos! dijo, puesto que el viento se ha encargado de mi trabajo, no tengo más que llevarme esta tela.

En efecto; nos lió, nos cargó sobre sus espaldas y salió del castillo.

Reconoci la voz del que nos habia deslavado algunos dias antes.

Despues de haber andado largo tiempo, nuestro raptor se detuvo y nos dejó caer groseramente. Oí salir de su pecho un suspiro de satisfaccion, del cual deduje que habia llegado al término de su viaje. En efecto; varios instantes despues cesó de ir y venir, y el ruido regular de

su respiracion me anunció que se habia dormido.

Esperaba el día con impaciencia. Sentia una curiosidad indecible de conocer nuestro nuevo albergue. En toda mi vida no habia visto más que los gobelinos y el castillo de Loiry. No me figuraba sino imperfectamente lo que podia ser la morada de las gentes del pueblo.

Mi deseo se satisfizo bien pronto. Por la mañana el hombre se levantó y vino á contemplar su adquisicion. Desarrolló la tapicería para examinarla en detalle. Entraron chiquillos por todas las puertas; una mujer asquerosa y mal vestida llegó á su vez, y la familia entera hizo círculo á nuestro rededor.

¿Qué diferencia de la mansion de Loiry á aquel tugurio! Vigas negras en el techo, un suelo húmedo y desigual, paredes desnudas y hendidas, un hogar apagado y dos ó tres sillas cojas, hé aquí lo que ví. En cuanto á los habitantes, su exterior correspondia á esta miseria. El padre y la madre parecian embrutecidos; los niños, súcios, tenian por cabellera una crin rubia, espesa, oscura por debajo, clara por encima, blanqueada como una miés que hubiesen dejado expuesta al viento, al sol y á la lluvia. Los muchachos, las chiquillas, todos estaban andrajosos.

Este espectáculo me hizo mal y olvidé un momento mis infortunios; olvidé tambien la desgracia de los señores del castillo en presencia de estos niños que andaban en invierno con los piés desnudos.

Todos se pusieron á hablar á la vez; era un ruido atronador.

Nada más siniestro que aquella cabaña. El día no penetraba sino por angostas ventanas, más negras todavia por el polvo que se habia pegado á los vidrios. Me parecia que una desgracia me esperaba, y no me engañé. No se veian allí más que escenas repugnantes. El padre y la madre viciosos, los niños azotados y obligados á buscar, como los animales, su subsistencia en los caminos;

todo concurría á llenar mi espíritu de una negra tristeza.

Comprendí por sus conversaciones que estas gentes tenían empeño de vendernos. Hablaban todos los dias de sus partidas con este motivo. En cuanto á mí, lo deseaba tambien, pensando que no podriamos caer más bajo.

Cada mañana nuestro hombre salía con la esperanza de llevar un comprador. Durante varias semanas vino solo, y por lo regular borracho, hurano, horrible de ver.

Pero al fin un día entró más alegre de lo ordinario y acompañado de un mercader de la ciudad vecina.

No era tan tonto como yo habia creído. Sabia mostrar cuando llegaba la ocasion, astucia bastante. El cebo de la ganancia despertaba en él cierta inteligencia. Hizo resaltar con bastante destreza nuestras cualidades, la riqueza de nuestros vestidos, el paisaje que nos rodeaba. Desgraciadamente todos sus esfuerzos venian á estrellarse ante la idea fija del comprador.

—En otros tiempos, dijo éste, hubiese adquirido esta tapicería, pero hoy dia tienen poca salida. ¿Sabeis? añadió designando con un gesto rápido su cuello.

—¡Bah! respondió mi amo, éste no puede hacer mal; no es como los otros.

—No importa; la figura misma es detestable, repuso el mercader. Es una lástima, pues la pastora me gusta; pero en fin, puesto que están reunidos, no hay nada de lo dicho. Cuando encontréis otra cosa, venid á buscarme; ya sabeis dónde vivo.

El amo del tugurio profirió una blasfemia y me enseñó el puño. Su cólera no me admiró.

—¡Es una dicha, dije yo para mí, que tengas que respetar la obra de los más poderosos que tú! ¡Si, mi amiga es encantadora y será mia por toda la vida!

(Se continuará.)

El Cascabel ha publicado un retrato de Maximiliano, que representa unos 10 años de edad.

Los Sucesos ha publicado otro del mismo sugeto representando unos 60 años.

Ambos tienen patillas.

Entre estos dos extremos está el retrato del ex-emperador de Méjico.

De modo que, poniéndole toda la barba y otra cara, pueden llegar los dos á ser su retrato.

Lo difícil será averiguar de qué originales habrán sacado *Los Sucesos* y *El Cascabel* estas imágenes desconocidas hasta lo presente.

A los veinte años se está en la edad de las ilusiones—y de los acreedores.

Las mujeres cuando son bellas engañan á los hombres, —cuando son feas se engañan á sí mismas.

Si la vergüenza pesase mucho, veríamos infinidad de hombres agobiados.

¡Ya se ve! ¡Hay tantos que se la echan á la espalda!

La ociosidad es madre de todos los vicios. ¿Quién será el padre?—¿Nadie contesta? Luego los vicios son hijos naturales.

Hoy día el talento y la modestia no pueden ir unidos, so pena de quedar aquel oculto detrás de esta.

D. Casimiro es un hombre á quien pago el café todos los días.—Nunca llama al mozo bajo pretexto de que es *ganguero* y no puede gritar.

El quiere decir *ganguoso*;—pero de las dos maneras tiene razón.

Tengo de portero un sastre, de vecina una beata, de novia una modista, de amigo un gacetillero, y en la misma calle la redacción de *El Imparcial*. ¿Cómo es posible vivir entre tanta tijera?

Una mamá encuentra á su hija hablando con un pollo desconocido:

—¿Qué es esto? dice irritada.

La niña le interrumpe diciendo:

—No te asustes, mamá, *todavía* no me ha apretado la mano.

En París se ha vendido la espada de honor de Hernán Cortés.

Parece que á los empleados de Correos les ha caído que hacer con los nuevos sellos de franqueo.

Como tienen poca goma se despegan fácilmente, y las cartas ó se estravian ó tienen los empleados que volver á pegar los sellos.

Aun cuando se ha subido el precio de los sellos, no creo se haya aumentado el de la goma.

Ventas que no se anuncian.

EN UNA FONDA de esta corte se venden unas deliciosas chuletas de tres meses de edad, huérfanas y sin documentos que justifiquen su conducta. Al que se quede con ellas se le dará de *primó* un cólico de los más superiores. En ninguna parte dan razón, sino leña.

SE VENDE un jóven grueso, el cual ofrece quedarse flaco de amor por cualquiera mujer arreglada.

En un periódico francés encuentro la siguiente definición del género humano:

«El hombre es un conjunto de cabellos, de humo de tabaco, de vanidad, de egoísmo y de botas.»

La mujer es la criada del susodicho animal.»

Me pareció poco consoladora la susodicha definición.

Me han dicho que el banquero R... quiere mucho á los desgraciados.

—Si señor, como que cuando no los tiene los hace.

Ya no se pregunta por la salud.

Ahora se saluda así:

—Hola, amigo mio, ¿cómo va lo de Méjico?

—Muy bien, ¿y Vd.?

—Sin novedad para fusilar á Vd.

La Regeneracion publica un estado de las víctimas del año 34.

Recomiendo á la Academia estas líneas que publica *El Español*, despues de hablar del viaje á la Granja de los ministros:

«A pesar de haber estado Madrid sin gobierno, digámoslo así, etc.»

Soneto.

Pedid, lectores, que el invierno fiero os regale un calor de treinta grados; pedid que sus racimos sazonados os ofrezcan las viñas por enero.

Pedid que por el bien del pueblo ibero todos estemos á la vez guiados; pedid que no deriman los Estados sus contiendas por medio del acero.

Pedid que ante un bazar de joyería no muestre la mujer su afán sensible; ¡no os asuste pedir, por vida mia!

Porque eso y mucho más será posible; pero pedid á un nécio cortesía, y habreis dado en el quid de lo imposible.

Un paisano mio me ha contado que en un pueblo de la provincia de Estremadura, invadido por el cólera, se habia observado que eran solo atacados los hombres.

El sacristan, para escapar á la epidemia, se disfrazó de mujer, pero con tan poca fortuna, que á las dos horas fué atacado del mal, y poco despues murió.

Hé aquí sus últimas palabras:

—¿Quién diablo habrá podido descubrir mi incógnito?

Cogieron á un ratero queriendo forzar una puerta y lo llevaron delante del inspector, donde fué registrado.

Se le encontró una ganzúa, que con mucho disimulo trataba de ocultar, llevándosela primero al cuello y por último á la espalda.

—A ver... qué es esto... ¿la ganzúa? Ahora no lo negarás, canalla. ¿Para qué ocultabas esto?

—No lo ocultaba, sino que como he echado sangre por las narices, me la puse ahí para atajarla.

Ausentábase una familia de esta corte con objeto de tomar baños; y dejando la casa en poder de la criada, el ama la dijo:

—Encargo á Vd., sobre todo, que no permita subir á ese hombre con quien Vd. tiene relaciones; es lo que más sentiria.

—Descuide Vd., señora,—contestó la doméstica—que aunque suba, será tan callandito, que ni aun los del cuarto de enfrente lo han de sentir; mucho menos usted, que ya estará fuera de Madrid.

Cantares.

En la fuente del dolor muchos apagan la sed, y nosotros la apagamos en la fuente del deber.

A los veinte años la vida es torrente desbordado; á los treinta ya es un rio, y á los cuarenta es un lago.

Tu cariño es como el polvo que nunca puede estar quieto; un viento lo trae acá, y allá lo lleva otro viento.

PASATIEMPO

Solucion á la Charada del número anterior:—*Amistad*.

JEROGLÍFICO



CHARADA

Vió en mi *primera* mi *toda* á *prima* y *cuarta* tan bella, que más *tercia* y *cuarta* que ella no se halla de ningún modo.

Despues la ofreció *tercera*, que ella contenta aceptó; poco despues la quitó *dos* y *cuarta* del vestido, y con esto complacido atento se despidió.

(Las soluciones en el número próximo.)

ANUNCIOS

TERMAS DE MATHEU EN ALHAMA DE ARAGON
TOCANDO CON LA ESTACION DEL CAMINO DE HIERRO.

La pulverización de los 222 litros por segundo del agua calificada de termo-acidulo-carbónico-ferrosa-azoadá que se precipita en la gran cascada, cura radicalmente la coqueluche por medio de las inalaciones, que son igualmente un poderoso remedio para las enfermedades de los órganos respiratorios. Encima de los establos de vacas hay habitaciones para los que necesiten respirar una atmósfera saturada con los gases de aquellas. Las aguas tienen un gusto exquisito: tomadas en baño é interiormente curan el reuma, cualquiera que sea su procedencia; así como la parálisis, enfermedades de la orina, de la matriz, del estómago, las heridas producidas por arma de fuego ó blanca, aunque haya carie en los huesos, y otros males. Los precios de alojamiento y comida varían de 20 rs. á 50. Los jardines, frondosas alamedas y paseos, el gran lago termal con sus cinco fallas, los conciertos que da la compañía de zarzuela del teatro de Pozas, y otras distracciones, hacen agradable la estancia en esta deliciosa finca.—40.

ENCUADERNACIONES

En el obrador de Vicente Martín, calle del Lobo, número 40, se glasea toda clase de papel con la mayor prontitud y economía. También se doran letreros é iniciales sobre cintas, petacas, carteras, etc. etc.

BAZAR DE CALZADO

Calle de la Montera, núm. 2.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y satén, charol y chagren, becerrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo más elegante de construcción alemana. Precios moderados.

BAÑOS

NO MAS TUFO EN LAS HABITACIONES.

Ave-María, núm. 11, tienda de Marín.

Se venden y alquilan baños de zinc y de hoja de lata, con estufas ordinarias y de las que no dan tufo, como en años anteriores, que en atención á las circunstancias y á las muchas aguas que posee hoy Madrid, serán sus precios muy económicos.

DICCIONARIO MANUAL

de voces de dudosa ortografía en la lengua castellana.

Este libro, necesario á todo el que quiera escribir con corrección, se vende en Madrid á 5 rs. en las principales librerías.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 4867. IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.